

JB Zilli para rato

Compilador

Denis Hailet Ríos Del Valle

Primera edición, 2017

SEMINARIO ARQUIDIOCESANO DE XALAPA
RAFAEL GUÍZAR VALENCIA

Hipólito Reyes Larios
Arzobispo de Xalapa

P. Francisco Palmeros Palmeros
Rector del Seminario

Colección *Virtus in infirmitate*
Volumen 1

Portada: Fernando Rueda Rojano

© Seminario Arquidiocesano de Xalapa
Rafael Guízar Valencia
© 2017, Denis Hailet Ríos Del Valle

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

JB Zilli para rato







PRESENTACIÓN

El nombre que encabeza estas páginas, indudablemente de espíritu jocoso, nos habla de la rica personalidad del protagonista de este libro.

En efecto, al padre Zilli se le puede considerar, para provecho de quien entra en contacto con su personalidad, alguien que tiene tantos aspectos tan valiosos, que se prestan a consideraciones no fácilmente agotables.

Aquí encontrarás, estimado lector, al padre Zilli como creador de opinión pública religiosa, terreno que se va abriendo paso en nuestros días porque antes estaba minado como ajeno por pretender considerar las cosas desde la fe. Se ha hablado tanto, en nuestros días, de vivir una democracia, que ya no es posible cerrarle de entrada a un escritor que tomando en su vida con toda seriedad la fe católica, desde este ángulo intente reflexionar con el deseo de comunicarse con sus congéneres.

También en este libro vamos a encontrar a un padre Zilli académico y, más en particular, historiador. En conversaciones privadas con él, recuerdo con toda claridad el propósito que siempre expresó de escribir por lo menos las arcadas más importantes de nuestra historia nacional, con la mayor objetividad posible. Esto último porque estamos acostumbrados a que se nos presente una historia del país desde un ángulo particularmente interesado: al adversario, en efecto, no se le concede ni la menor oportunidad para poderlo valorar como imparcial.

¿Qué decir de un padre Zilli, no solamente representando a los de su gremio, sino discurriendo por campos que, normalmente son ajenos a quienes interesa, entusiasmar a otros en el seguimiento de una persona, que en nuestro caso es, invariablemente Jesucristo? Aparece en este libro, en efecto, como un experto no solamente en reflejar los hechos históricos referentes a su Iglesia, sino además, cosa más difícil, valorándolos con una objetividad sin apasionamientos perniciosos.

Además, quien hace esta presentación, se considera, y está seguro de haber sido considerado así por el padre Zilli, como un amigo desde la juventud. Ambos nos esforzábamos por alcanzar una meta que es un regalo no despreciable a quienes en la vida, llegan, sobre todo en sus últimas etapas, a preguntarse no solo con seriedad sino hasta con angustia, si ésta tiene algún sentido, alguna significación, pues de ser así, proponerse revelarla a los demás no deja de ser una empresa altamente apreciable.

Pido al cielo, estimado lector, seguir teniendo para rato a alguien que a través de la pluma, continúe transmitiéndonos este ideal.

+Sergio Obeso,
Arzobispo Emérito de Xalapa

EL DR. ZILLI

El título de este apartado sirve para indicar al hombre con doctorado académico, al intelectual, al catedrático; pero aquí no se va analizar la obra bibliográfica del Dr. Zilli, ni tampoco su tarea académica o su actividad intelectual, sino más bien, se va a compartir un testimonio de vida al haber convivido con él durante muchos momentos.

El Dr. Zilli fuera del ámbito académico es el padre Zilli para todos, JB Zilli para los amigos, Zilli para sus contemporáneos, sean éstos maestros o sacerdotes, y Beni para su familia. Así que aquí, sin excepción, también es el padre Zilli para todos.

Una mente brillante

En cuanto me senté a la mesa para comer con el padre Zilli, lo primero que me dijo, a finales de mayo del año 2001, fue: “Ahora sí, esos canijos del seminario casi me hacen llorar”. Acto seguido, el padre Zilli me contó cómo de forma inesperada, minutos antes de que terminara su clase, los seminaristas en reconocimiento a su autoridad intelectual, pasaron en silencio y de forma ordenada al frente de su pupitre y cada uno le depositó su lapicero. Dicen los testigos del hecho que en cuanto él vio el singular homenaje, una lágrima se escurrió sobre el rostro al insigne maestro.

Yo corroboré el impacto emocional del padre Zilli con esta anécdota cuando al contármela él mismo, ligeramente sus ojos se le humedecieron y su voz se le quebró. Días antes ambos

habíamos ido al cine a ver la famosa película “Una mente brillante”, en la que el actor Russell Crowe caracteriza al Nóbel en Matemáticas John Nash; en dicha película también pasa una escena similar (en la que sin duda los seminaristas se inspiraron), ya que en un determinado momento de la vida académica de John Nash, con el mismo gesto, los estudiantes y maestros universitarios le reconocen su autoridad intelectual y su gran aporte a la ciencia: así, de forma inesperada, en la cafetería de la universidad, maestros y alumnos, pasan a depositar su pluma sobre la mesa donde está Jonh Nash.

En la escena triunfal de la entrega de los lapiceros, Jonh Nash, de piel blanca y pelo plateado, viste una gabardina color caqui, sentado dialoga y bebe café en compañía de otro académico, de cuando en cuando mueve la cabeza. En esa escena, hasta físicamente se parece al padre Zilli, dirían quienes conocieron a éste como maestro, ya que si algo cotidiano caracterizó el aspecto exterior del padre Zilli en los últimos años de su vida académica fueron precisamente sus chamarras color caqui, su pelo plateado y el placer de beber café sentado en compañía de alguien con el cual siempre sostenía un diálogo sobre cuestiones filosóficas o de cultura general.

Ahora bien, y ya para terminar de contar esta anécdota y el parecido que tuvo el padre Zilli con Jonh Nash, conviene decir que el padre Zilli también es un hombre con mente brillante, posee el grado de doctor en filosofía por la Universidad de Bonn Alemania y para ello presentó su examen en tres disciplinas: Filosofía, Historia de la Iglesia y Literatura española del siglo XVI. Además de las licenciaturas en Filosofía y Teología que como sacerdote debe poseer, el padre Zilli se especializó en educación, psicología, marxismo, positivismo, filosofía del lenguaje, periodismo, ciencias de la comunicación, literatura, cine y semiótica; y al igual que disfrutó de los clásicos de la literatura universal también gozó de los clásicos del cine de arte.

El padre Zilli es pionero en la historia de las inmigraciones italianas en México, su principal libro *Italianos en México* es

considerado, entre los descendientes de aquellos italianos que durante el siglo antepasado se asentaron en la Colonia Manuel González Veracruz, como la segunda Biblia de sus casas.

Desde muy joven el padre Zilli se desenvolvió a lo largo de su vida en distintos lugares del mundo, destacan entre ellos España, Roma, Alemania y Estados Unidos, y por esa razón además de ser cosmopolita también se hizo políglota, por lo que en su momento también se expresó en latín, griego, italiano, inglés, alemán y, por supuesto, no dejó de leer, cuando la ocasión lo ameritaba, en francés.

Además de un sinnúmero de artículos periodísticos, ensayos, clases, talleres, seminarios y conferencias que dictó en diversos ámbitos académicos y eclesiásticos, tanto especializados como comunes, el padre Zilli publicó los siguientes libros: *Italianos en México*, *Amado amante* –dicho sea de paso, este es el libro que más le gusta de todas sus publicaciones–, *Radar*, *Comentarios. Acotaciones Marginales*, *Llegan los colonos*, *Braceros italianos para México*, *Día y hora*, *La Villa de la María Luisa*, *La colonización italiana en México*, *La Estanzuela*, *De la tarea académica*, *Frailes, curas y laicos*, *Cuentos en un caracol*, y en los últimos años en su trabajo como coautor con el italiano Renzo Tommasi *Tierra y Libertad y Messico: la tierra prometida*.

Paralelo a su ministerio sacerdotal, pareciera que su trabajo de docente es el que más le ha ocupado y con el que más le identifican en los ámbitos intelectuales e internacionales. Jubilado de la facultad de filosofía de la Universidad Veracruzana, en la que fue director, el padre Zilli siguió dando clases en el seminario hasta que su salud física se lo permitió. Maestro de muchas generaciones de filósofos y sacerdotes, el padre Zilli lleva hasta en el sueño la impronta de todo filósofo natural, que es en resumen, el amor al conocimiento, la curiosidad permanente por saber el por qué de las cosas; así como una mente abierta y omniabarcante.

Gracias a su labor periodística en la radio, en la televisión y en los periódicos mucha gente, de lugares inimaginables de la

Arquidiócesis de Xalapa, lo conoce sin haberlo tratado personalmente. En el ámbito eclesial muchos lo ubicaban, primeramente, en el boletín amarillo y, posteriormente, en los primeros años de la página “Concilio” del *Diario de Xalapa* (página dominical que publica el seminario mayor); por ello, quienes lo conocen decían con aprecio y broma que “Concilio” en el fondo era más bien CONZILLI, por ser él quien estaba atrás de ese proyecto.

El Peluchcho que todos querían y el mecenas que pocos tenían
Son dos las etapas en las que divido mi relación con el padre Zilli. En el seminario y después del seminario. La primera abarca mis dos años de teología, cuando fui su alumno dentro del seminario y la segunda, empezó al otro día de mi salida del seminario cuando me volví su pupilo académico.

En el seminario.

De la primera etapa resalta en mí la peculiar asociación que hice del padre Zilli con la imagen de los Peluches del noticiero nocturno de tv Azteca que por aquél entonces (1998) resumían con parodia e ironía las noticias del país y a sus protagonistas más importantes de la semana.

Dos fueron los aspectos que me hicieron asociar a uno de esos muñecos de peluche con el padre Zilli. El primero fue el tono irónico con que él, al igual que los muñecos, explicaba algunos temas filosóficos o de cultura general o por el modo con que se dirigía a alguien del salón; el segundo, fue su aspecto físico, como el de un hombre muy activo: en clase el padre Zilli se movía mucho (de su silla al pizarrón y del estrado a los pasillos del salón) de tal manera que al final de la misma terminaba totalmente despeinado, resaltando aquí su “gallito” y su cabello plateado.

Él conocía muy bien a los Peluches de tv Azteca (Peluchochos) y cuando le dije que a mí se me hacía parecido a uno de ellos se rio mucho. No se enojó, al contrario, me exhortó a no dejar de ver los noticieros. Así que en esa etapa, el padre Zilli

era para mí y muchos más, sin faltarle el respeto, claro está, el Peluchocho que todos queríamos y admirábamos.

Conviene comentar que desde un par de años atrás, antes de llegar a estudiar en la etapa de Teología, yo ya había oído hablar del padre Zilli por uno de mis maestros de filosofía. Era éste el padre Martín Domínguez, quien nos decía en clases, cada vez que no encontraba la manera de darnos una respuesta precisa, “si me permiten, el fin de semana voy a ver al padre Zilli, checo con él el tema y la próxima clase les tengo la respuesta exacta”. Estos comentarios del padre Domínguez, quien entonces era responsable de los estudios de filosofía en el seminario, formaron, a mis diez y nueve años de edad, mis primeras imágenes mentales sobre quién era el padre Zilli.

Los paréntesis explicativos.

De modo pues que si algo no se entendía bien habría que checarlo con el padre Zilli. Si algo no podíamos decirlo con precisión, también habría que checarlo con el padre Zilli. Eso tenía yo en mente minutos antes de que empezara mi primera clase con él, Antropología Teológica, pero resultó que media hora después, en su clase él ya había hecho tres paréntesis al tema principal para darnos algunas explicaciones que nos ayudaban a entender de mejor manera la temática central.

Cada paréntesis era precedido por una de sus tradicionales expresiones: “seguramente no saben esto que les digo, déjenme explicarles brevemente de dónde viene todo esto que vamos a ver”. Así, desde mis primeros momentos de convivencia con el padre Zilli mi percepción sobre él empezó a variar: “el padre Zilli sabe de todo y está al tanto de todo”. Con el paso de los días también sucedía que a veces cuando alguna de las explicaciones se extendía él la terminaba abruptamente diciendo otra de sus clásicas expresiones: “y todo esto por qué, de qué estábamos hablando. Ah, sí, regresemos al tema...”

Por esas clases, con sus breves o extensas explicaciones que a mí me servían para repasar y entender mejor las pasadas lecciones de filosofía, así como otras materias de la teología,

empecé a corroborar la sabiduría y el talento del padre Zilli para dar clases y fue así también como empecé a disfrutar de sus enseñanzas. He de reconocer que a veces me encantaban más esas explicaciones que me indicaban un mundo nuevo por conocer que los propios temas agendados en el temario de la materia.

Esas explicaciones eran para mí como la letra chiquita que viene abajo del texto central de un libro científico. Eran para mí el aparato crítico en vivo de la filosofía y la teología del seminario y por ello yo disfrutaba sus clases y aprovechaba dichas explicaciones. Claro, no todos mis compañeros veían igual las cosas y por esa razón, me parece que algunos decían que en clases el padre Zilli divagaba mucho o que era enredado. Mentes cortas, pensaba yo, que veía sus clases al mismo tiempo, simples y profundas.

El presta libros

En clases cuando podía le preguntaba lo mejor que podía con la intención de que abundara en sus explicaciones. Sin duda que él se daba cuenta de mis intenciones y por eso creo que empezó primero a recomendarme libros en general y luego mejor optó por prestarme algunos de ellos.

No fueron los grandes tratados de filosofía o de teología los libros que me prestaba el padre Zilli, ya que esos los encontraba con bastante facilidad en la biblioteca del seminario. Los libros que el padre Zilli me prestó durante los dos años que estudié teología fueron (para sorpresa de quienes sabiendo mi gusto por la filosofía y que al enterarse que el padre Zilli me prestaba libros, lo primero que pensaban era que el padre Zilli no podía prestarme libros de otra cosa que no fueran de filosofía), algunos de los clásicos de la literatura universal: *El Quijote* de Cervantes, *Las Moradas* de Santa Teresa, *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, cuentos y novelas cortas de otros grandes rusos: Gógor, Chéjov y Tolstoi; las *Confesiones* de Agustín de Hipona y *Dublineses* de Joyce, principalmente.

Los lectores y preguntones

No creo que en mi generación hubiera alguno que destacara por un talento intelectual que le llamara la atención al padre Zilli. Pero sí habíamos en el grupo varios avisados o medios desapendejados por la filosofía y por ello creo que esa fue la clave por la que el padre Zilli nos trató bien a quienes él así nos consideraba.

Dos cosas le gustaban a él de los alumnos, que leyeron y que preguntaran. Así, si él preguntaba, disfrutaba de las buenas respuestas o de aquellas que más o menos estuvieran cerca de la respuesta que él buscaba porque le daban ocasión o de proseguir con la clase o de abrir un paréntesis para precisar cualquier respuesta. Pero si era un alumno el que preguntaba, y si la pregunta era clara, él hacía uno de sus clásicos paréntesis explicativos para darle respuesta; pero si la pregunta no era clara primero orientaba al alumno para que formulara bien su pregunta y ya luego la contestaba para todos.

Hay en el caso de las preguntas dos detalles que vale la pena mencionar. El primero es que si alguien le hacía una pregunta que no venía al caso o que él consideraba sin importancia, simplemente ni la atendía y seguía con su tema. Segundo, si había una pregunta que le parecía muy adelantada a la temática que exponía o que implicara una respuesta que pudiera generar confusiones o escándalo entre los oyentes, simplemente decía “todavía no es tiempo para eso, para ello hay que considerar otros aspectos que ustedes todavía no ven” y seguía con su clase.

Cansado y blandito

El padre Zilli tenía fama de ser un maestro muy exigente e irónico con los alumnos, pero en los dos años que lo tuve como maestro jamás demostró esos aspectos que le etiquetaban y cuando algún seminarista de años adelantados o algún sacerdote joven nos preguntaba cómo nos iba en clases con el padre Zilli, en general cualquiera de nosotros decía que bien, muy

bien o simplemente, más o menos; esto último, sobre todo lo decían los cortos que se enredaban o no entendían sus clases. Ante nuestras respuestas, los seminaristas más avanzados o los jóvenes sacerdotes se extrañaban y nos decían: “agarraron ya cansado y blandito al padre Zilli, porque si les hubiera tocado como a nosotros quién sabe cómo les iría”.

Todos lo rodeaban

Era también el padre Zilli uno de esos maestros queridos por los alumnos y por los maestros, por ello desde que llegaba acelerado en su coche, pero siempre con puntualidad, alumnos de cualquier grado o maestros lo esperaban en el estacionamiento y en cuanto él abría la puerta de su carro inmediatamente lo abordaban sobre diversos tópicos académicos. En esos momentos inmediatos a su llegada al seminario casi nunca se detenía, atendiendo a quienes lo consultaban se iba directo hacia el salón de clases que lo esperaba. Y en los espacios entre una clase y otra, casi siempre sucedía algo similar, alumnos de la clase que terminaba que querían preguntarle algo, fuera de la materia, inmediatamente lo abordaban.

Dos o tres minutos se detenía rodeado de alumnos, quienes juntos a algún maestro que también salía o ingresaba a los salones de clases cercanos a donde él acababa de impartir clase, le hacían coro. En esos momentos el padre Zilli respondía de todo, hablaba de cualquier cosa, preguntaba detalles de la formación, de la vida cotidiana del seminario, bromeaba con los alumnos y reía. Su sentido del humor era en él tan genial como sus clases. Años después, con relación a la vida marital me dijo: “la clave de un matrimonio duradero está en que nunca pierdan el sentido del humor”.

El Caballero italiano

Desde el seminario no podíamos ver con claridad su labor en la facultad de filosofía de la Universidad Veracruzana, pues por aquellos años participaba activamente en la reestructuración

curricular de la licenciatura, en seminarios de investigación y en la implementación de una maestría en filosofía de donde, dicho sea de paso, brota su libro *Amado amante*; tampoco y menos siendo alumnos percibíamos sus investigaciones históricas en torno a las inmigraciones italianas en México, su presencia en la radio, sus participaciones en la prensa escrita, ni mucho menos el apoyo incondicional para hacerle discursos y conferencias al arzobispo Don Sergio Obeso Rivera, quien en ese entonces era Presidente de la Conferencia Episcopal Mexicana.

Lo más que alcanzábamos a ver sobre el padre Zilli, era un cura intelectual y un cura catedrático de la Universidad Veracruzana. Un cura de mente brillante que con sencillez y alegría, llegaba a dar sus clases al seminario. En ese entonces quizá nadie de sus alumnos seminaristas sabía que el Peluchucho que todos queríamos era nada menos que un Caballero de la república italiana, nombrado por el propio presidente de aquel país. Junto al comedor de su casa aún se puede ver el cuadro que enmarca dicho título.

Mi universidad y su jubilación de la UV

Ahora bien, al otro día, como a eso de las nueve y media de la mañana, de que me salí del seminario, le hablé por teléfono al padre Zilli para comentarle sobre mi salida e inmediatamente le pregunté si podía irlo a ver. Ante su inmediata afirmación fui a buscárselo a su casa para despedirme y agradecerle personalmente todas las atenciones que había tenido conmigo mientras había sido su alumno en el seminario.

En cuanto llegué lo primero que me dijo fue: “anda, sírvete un café y cuéntame, ¿ya es definitiva tu salida?”; y ante mi afirmación vino otra pregunta: “¿y qué piensas hacer?”. Yo le contesté que de pronto no sabía bien qué hacer, pero que iría a Tezonapa también a avisarle personalmente a mi familia de mi salida del seminario y que quizás al siguiente año escolar buscaría estudiar algo. Ese quizás se debía a que cuando yo me

salí del seminario, el ciclo escolar de ese año ya tenía más de un mes de haber iniciado y ante ello no veía posibilidad alguna de integrarme a la universidad.

“Y como ¿qué quieres estudiar?”, fue su tercera pregunta. Yo le comenté entonces que por cuestiones prácticas buscaría la revalidación de mis estudios de filosofía del seminario con los de la licenciatura en filosofía de la Universidad Veracruzana, pero que también me llamaba mucho la atención el periodismo, los medios de comunicación, el cine. Acto seguido me contestó: “No, en Tezonapa no hay nada para ti, tu vida está aquí, en los estudios, vamos arriba a la computadora”. Apenas llegamos a su estudio me indicó que encendiera su computadora y me dictó dos cartas de recomendación. Una para la directora del área de humanidades de la Universidad Veracruzana y otra para el rector de la Universidad de Xalapa.

En cuanto estuvieron listas las firmó y me las entregó en dos folders y me volvió a decir: “no pierdas tiempo, pasa a rectoría, en la zona uv, y de ahí te vas a dejar la otra a la Universidad de Xalapa, allá hacia la salida a Veracruz. Si puedes hablas con los directores, les dices que vas de mi parte, que les mando saludos y te espero de regreso a comer”.

Presto salí a dejar las recomendaciones. En la uv me dijeron que con gusto me esperaban al siguiente curso porque el actual ya había iniciado y no había forma de integrarme. Tres horas después le volví hablar por teléfono y le dije: “padre Zilli, ya estoy en clases en la Universidad de Xalapa, salgo hasta las tres”. El Dr. Carlos García Méndez, actual rector emérito de la Universidad de Xalapa, me dijo en cuanto recibió mi carta de recomendación: “viniendo del padre Zilli no dudo que no puedas. En una semana iniciamos los primeros exámenes parciales, si quieras ahorita mismo instruyo que te reciban en clases y después de que presentes los exámenes, según como te haya ido en ellos, vemos si en definitiva te quedas o no en la universidad”.

Las tardes

A partir de ese mismo día el padre Zilli me volvió a decir: “si gustas vente a comer todos los días conmigo o si no, te espero los lunes, miércoles y vienes. Los martes y jueves vienen el maestro Alberto, la doctora Rosario Amieva (ambos eran maestros de la facultad de Filosofía de la UV y en su momento también fueron directores de la misma facultad de filosofía) y Gloria Balderas (la chica estrella de la generación que acababa de terminar sus estudios de filosofía y que por aquellos días realizaba su tesis de licenciatura sobre San Juan de la Cruz)”. En razón de mi nuevo horario de vida acepté la segunda opción y cada vez que iba a comer con el padre Zilli, me pasaba el resto del día estudiando con él.

Desde que llegaba a comer, iniciaba mi sesión personal de estudio con el padre Zilli. Él apenas tenía unos meses de haberse jubilado de la Universidad Veracruzana y yo mis primeros días de haber iniciado la universidad. Durante la comida las preguntas clásicas que me hacía eran: “¿Qué vieron hoy en clases”, “¿novedades?”, “¿algo que no entendiste?”, “¿a quién recomendaron hoy?” (libro u autor), “¿sabes de dónde viene eso que vieron en clases?”, “ya leíste lo que viene en el Diario” (aludiendo a una noticia, una entrevista, una columna o un buen artículo en específico), etcétera.

Al final de la comida me decía: “ahí está el Diario”; “sube, en el segundo librero que está entrando a la derecha y en la tercera estantería de ese librero, allí está (y me decía el título de un libro o el nombre de un autor)” o “entras a la biblioteca de aquí abajo (y nuevamente en el librero tal, estantería tal está el libro o el autor tal), chécate un capítulo relacionado sobre...”. Inmediatamente después concluía: “yo voy a recostarme veinte minutos y en media hora empezamos”.

Exactamente media hora después de que nos levantábamos de la mesa, el padre Zilli llegaba al estudio de arriba, se sentaba en su mecedora e iniciaba la tarde entera de estudio personalizado con él y sólo concluía hasta la hora de Los Simpson.

Después cenábamos y venían las noticias. Al final del día yo me despedía y lo volvía a ver, uno o dos, días después.

A veces sucedía que cualquiera de los invitados a comer con él no podía ir en el día que tenía acordado, por lo que empezó a ser un tanto normal que en diversas ocasiones coincidiéramos en las comidas y así fue también como tuve tardes enteras de diálogo, análisis o miniclasses particulares con el padre Zilli y con excelentes compañeros ya que también ellos llevaban sus temas para consultarle al padre Zilli, para pedirle una opinión o una explicación respecto de alguna película, un concepto filosófico, un libro o sobre una noticia interesante. La doctora Amieva además siempre llevaba algún postre (pan, gelatina, pay...) y así juntos en torno al padre Zilli todos pasábamos la tarde escuchando o preguntándole al intelectual, o bien, mirando una película con los respectivos comentarios del padre sabio.

Otras tardes-noches, el padre Zilli lo dedicaba al análisis de noticias de todo tipo con otro grupo como de cinco profesionistas amigos suyos y que después se hicieron también míos, entre ellos destacaron el Ing. Agustín Basilio de la Vega y la maestra Sandra Hazas Arroniz pues fueron ellos los que atendiendo sus consejos, sin descuidar sus labores profesionales, con el paso de los días se convirtieron en articulistas colaboradores del *Diario de Xalapa*.

De una u otra manera yo participé con ambos grupos; en el primero se hablaba sobre filosofía, arte, literatura y sucesos de la facultad de filosofía de la uv, principalmente; y en el segundo sobre medios de comunicación, algún libro o película, aconteceres políticos y vida cotidiana iluminada por la fe.

No faltaban los días en que teniendo exclusividad con el padre Zilli, después de la comida veíamos alguna de las clásicas películas de arte o cine de autor que él tenía (para mí muchas de esas películas fueron la primera vez que las veía; para él, por supuesto que no, algunas incluso las había estudiado en alguno de los seminarios de semiótica que en su vida académica

había impartido) y durante o después de la película me preguntaba o me hacía comentarios sobre algún diálogo o sobre alguna escena y así se nos iban hasta tres horas por película.

Ya fuera con el primer grupo o solo con él, algunas de las películas que vimos juntos son:

“El ángel azul”, “El limpiabotas”, “Roma ciudad abierta”, “Dersú Uzalá”, “Vivir”, “El Castillo”, “El cartero”, “Wittgenstein”, “El violinista en el tejado”, “Tiempos modernos”, “Ladrón de bicicletas”, “Amarcord”, “La strada”, “La dolce vita”, “El Satírico”, “Casanova”, “Casa Blanca”, “Luces de variedades”, “Y la nave va”, “Ensaya de orquesta”, “8 1/2”, “Érase una vez en América”, “Por un puñado de dólares”, “El bueno, el malo y el feo”, “El ciudadano Kane”, “El gran Gatsby”, “Viva Zapata”, “El último magnate”, las tres partes del “El padrino”, “El cuarto poder”, “Mozart”, “La vida es bella”, “La cena”, “La familia”, “El acorazado Potemkin”, “Contacto”, “El color del paraíso”, “La chica terrible”, “Un tranvía llamado deseo”.

El escritor

Otras tardes enteras me tocó ayudar al padre Zilli como secretario escribano, especialmente cuando reeditó su principal libro sobre los italianos en México. De principio a fin me dictó el libro, participaron también como escribientes otros ex seminaristas que iban a saludarlo y de paso le ayudaban cuando yo no iba a comer con él. Fue con esta nueva reescritura del libro cuando pude conocer parte de su quehacer como escritor, ya que al reeditar el libro, le añadió con acotaciones marginales o capítulos nuevos, descubrimientos recientes que él había hecho respecto de sus investigaciones históricas sobre los italianos.

En esa época, nos subíamos el café al estudio, él me dictaba un apartado o un capítulo entero del libro y tras la transcripción él lo revisaba con detenimiento. Mientras me dictaba sorbía su café y mientras lo revisaba yo sorbía el mío. “Siempre hay que revisar, una, dos o hasta tres veces, lo que uno escribe

—me decía—, y a veces es mejor revisarlo impreso que en la computadora”. Bajo este criterio casi todo lo que escribíamos se imprimía, se revisaba, se corregía y al final se volvía a imprimir o simplemente se guardaba en archivo electrónico.

En esta etapa también me enseñó sobre la sonoridad de la escritura, ya que no siempre es suficiente que un texto esté bien escrito, sino que además debe sonar bien o por lo menos como a nosotros nos gusta y para ello hay que oírlo, leerlo en voz alta hasta que tenga una buena musicalidad y no precisamente porque sea poesía. La sonoridad del texto va ligada a la impronta que cada quien deja en sus textos, me decía, especialmente cuando a una frase de su propia redacción le daba tres o hasta cuatro versiones diferentes hasta que le gustaba cómo se oía alguna de ellas.

El diccionario

Pero al mismo tiempo, que veía en él el entusiasmo, la disciplina, la constancia y la perseverancia de no dejar nada a medias ni para después, sino terminar todo y atender las cosas al momento, gocé también de la gran pasión del padre Zilli por compartir sus conocimientos, enseñar y de paso de la paciencia que tuvo conmigo, especialmente para explicarme conceptos, teorías, autores, libros, etcétera, porque más allá de la temática de su libro, siempre que sospechaba que yo no conocía una palabra, me preguntaba qué significaba eso o si sabía a qué se refería él en su escrito. Si mi respuesta era que no o vaga, me decía: “al diccionario” y entonces leíamos en voz alta el significado, acto seguido él agregaba un par de ejemplos y me hacía que yo agregara otro sobre la aplicación del término en cuestión.

Al momento

Otras veces, iba más allá del diccionario, iba al texto original de un determinado autor (esto de que tuviera a la mano a los libros fuente y a un grupo de versados comentaristas sobre

ellos siempre me sorprendió, pero me agradó más porque entonces yo los aprovechaba cuando en clases de la universidad algún maestro citaba un autor o un libro determinado y resultaba que dicho autor o libro estaban en la biblioteca del padre Zilli) y como yo al principio pensaba que escribir su texto era lo que a él más le precisaba, le decía que al final me llevaría el libro para leer sobre lo que no entendía pero él me decía: “no, al momento” y me apuntaba con el dedo índice la dirección en donde estaba el libro que necesitábamos o bien él mismo se paraba a traer el libro y entonces leíamos un capítulo del mismo con todo y sus comentarios. Después de ese paréntesis que podía durar media hora o un poco más, regresábamos al dictado de su libro.

Estas situaciones se parecían a sus clases, sólo que en lugar de estar escribiendo en un pizarrón, escribía yo en una computadora; y en lugar de hacer mis anotaciones de clase en mi libreta, leía los textos originales de donde habían brotado los temas que estudiábamos.

También sucedió en algunas ocasiones que mientras veíamos una película, escribíamos o estudiábamos se acordaba de algún pendiente por hacer (una llamada telefónica, buscar un libro, un medicamento por comprar, un recibo que pagar, una observación en una tesis que tenía revisando...) interrumpía y me decía: “me acabo de acordar de...” y remataba “luego continuamos”. “Las cosas hay que hacerlas al momento en que aparecen o cuando uno se acuerda, si no, se olvidan y ya no se hacen”, me aconsejaba.

Clases, tesis y seminarios

Con mis clases en la universidad los días acordados para ir a comer no me eran funcionales y el padre Zilli lo entendió bien, así que opté por ir a comer con él cada vez que podía, ya fuera una o hasta cuatro veces a la semana. Fueron muchas tardes enteras las que me pasé estudiando con el padre Zilli, viendo y comentando películas de arte, viendo noticieros,

leyendo periódicos, leyendo algunos capítulos específicos de libros que él leía o estudiaba, ayudándole a escribir sus libros, a escribir las traducciones que hacía, a escribir los discursos o ponencias que le encargaba el obispo, ya fueran para el propio obispo o para que el padre Zilli hablara o expusiera en determinados auditorios; incluso, para sorpresa mía, porque pensaba que alguien como él ya no tenía que prepararse para una clase; y sin embargo, le ayudé a preparar sus clases y a disponer de los libros que se iba a llevar a ellas. En este último aspecto él me contaba cómo iban los seminaristas en las clases y qué temas estaban viendo y luego me preguntaba qué temas había yo visto en las materias que él impartía, me pedía que le explicara ciertos temas para ver si los había entendido bien o si estaba igual o peor que sus alumnos seminaristas y con ello, percibía yo, que decidía cómo abordar un determinado tema con los seminaristas.

Cuando me platicaba sobre las tesis que revisaba, solía decirme: “pocas veces se encuentra uno con algo interesante”, “en realidad a los muchachos les falta mucho por leer”, “se ve que no conocen al autor o que casi no entendieron nada”, “¡ya me imagino cómo están sus maestros!” y “hay algunas en las que algo se puede rescatar”.

Ante esta situación que percibía en las tesis y con la intención de hacer algo para mejorarla, con el tiempo, optó por convertir sus clases ordinarias en seminarios de estudio. Un autor por semestre. Así durante un semestre ponía a sus alumnos a leer lo más que podían a Aristóteles, en otro leían a san Agustín, en otro más a santo Tomás de Aquino o a Platón o Kant o Descartes, etcétera y hasta donde alcancé a darme cuenta estos seminarios de autores fue muy productivo entre los seminaristas y de paso para mí cuando me comentaba algún aspecto del autor que en su momento estaban estudiando.

El consultor

No sé bien si a veces mis lecciones con el padre Zilli se veían interrumpidas por las llamadas telefónicas y visitas que le

llegaban o más bien si mis lecciones eran las que interrumpían la cotidianidad de su vida. Porque no faltaba semana en que dos o tres veces, algunos (sacerdotes y maestros de la universidad, principalmente) le hablaban por teléfono o lo iban a buscar a su casa para consultarle algo.

Pese a su ministerio sacerdotal el padre Zilli no era un confesor como tal, sino más bien algo parecido a un consultor. Algunas veces pude darme cuenta que en realidad él escuchaba atento y con sus conocimientos orientaba casi sobre cualquier tema y si de plano no sabía, lo decía, pero nunca dejaba ir a la persona sin nada, porque lo menos que hacía era recomendarle al especialista que mejor les convenía: “ve de parte mía con fulano”, “háblale a perengano, dile que vas de parte mía” o “busca a mengano, en el directorio están sus datos”.

Cuando atendía este tipo de visitas y atento escuchaba los asuntos o las problemáticas que le presentaban, yo –influenciado por la literatura–, le veía un parecido al intuitivo P. Brown, de G. K. Chesterton, sacerdote de ficción literaria que destaca por su capacidad de observación, conocimiento de la naturaleza humana y la resolución de los problemas más enigmáticos o difíciles.

Así, el padre Zilli casi siempre dejaba que las personas hablaran, luego les decía algunas cosas o preguntaba otras y listo. Eso era todo. De esta forma canalizó a muchos con sacerdotes, psiquiatras, médicos, maestros, etcétera. Eso sí, cada visita de este tipo no duraba más de media hora. Y tras ello continuábamos con la actividad que estuvieramos haciendo.

Los libros

Fueron pocas las ocasiones en que me tocó ir con el padre Zilli a las librerías de la ciudad, ya que desde su primera compra en Amazon.com, quedó encantado del sistema de compras por internet, así que la mayoría de sus compras de libros lo hacía por ese medio, pero las veces le acompañé a las librerías percibí que fue más bien porque él quería sentir el sol, oler el polvo,

oír a la gente, ver las novedades de la ciudad, saludar amigos o conocidos. Esas ocasiones, aunque no tenía nada en mente que comprar, salíamos de las librerías siempre con una o dos bolsas llenas de libros, como si fuera despensa del súper.

Algunos de los libros que él compraba ya los tenía y cuando yo le hacía la observación, me decía: “ya sé, pero esta edición es buena y conviene que la tenga el seminario” o simplemente: “sí, pero ya servirá para algo” y ese servirá para algo era porque se lo regaba a algún maestro, algún amigo o algún sacerdote de esos que de cuando en cuando lo iban a visitar, consultar o también a regalar libros.

No se crea que el padre Zilli era un comprador compulsivo de libros, no. Todos los libros que compraba eran siempre por tres razones principales: los iba a leer, los iba a releer o los iba a regalar. A mí me parecían muchos libros, pero a él sólo los necesarios.

Tras la salida de las librerías nos metíamos a un café de la ciudad y mientras disfrutábamos de uno o dos cafés con postre, me contaba la historia del inmueble, de sus dueños y una que otra anécdota que le venía a su mente respecto de cómo había sido su relación con los dueños del café o los antiguos dueños del inmueble ya que algunos de ellos se ligaban precisamente a los inmigrantes italianos venidos a México y que él conocía muy bien.

Siempre que salíamos a esos recorridos o al cine, porque he de aclarar que también le gustaba ir a las salas de cine a ver las películas que en su momento tenían buenos comentarios internacionales, no faltaban quienes le decían (niños, adultos, mujeres y hombres): “Adiós padre Zilli”, “adiós maestro”, “adiós doctor Zilli”, “que esté bien padre”, etcétera. Ingenuo de mí, pensaba, que cómo era que lo conocieran tanto, si el padre Zilli casi ni salía de su casa, entre semana apenas si iba a dar clases de su casa al seminario, y los domingos, a celebrar misa, también de su casa a la parroquia de María Madre y nada más.

En su casa los libros ocupaban el primer lugar de todo. Ya he contado que disponía de dos bibliotecas, la de arriba con ventanas hacia la calle y en la que casi siempre nos la pasábamos estudiando y la de abajo, junto al comedor y la sala.

En la biblioteca de arriba estaban los textos de uso cotidiano (humanidades principalmente), por ejemplo, los de psicología, medicina, hermenéutica, semiótica, periodismo, filosofía, teología; los diccionarios en español, los bilingües y sus archivos personales sobre documentos históricos o periodísticos que él consideraba interesantes; su computadora conectada a internet, una extensión telefónica, un fax, una impresora multiusos con fotocopiado y escáner; su mecedora y dos escritorios. Esta biblioteca funcionaba como su estudio personal y a mí me resolvió de muchas tareas de la universidad, ya que prácticamente allí tenía lo que necesitaba y en muchos casos hasta más, especialmente literatura.

En la biblioteca de abajo estaban los grandes clásicos de literatura universal junto con los comentadores de alguno de ellos (sobre el *Quijote* de Cervantes o sobre el *Ulises* de Joyce, por decir un par de ejemplos), sus publicaciones personales y los doctrinales de la fe católica.

Esos eran los espacios oficiales de los libros –por decirlo de una manera–, pero en realidad en la casa del padre Zilli los libros (y uno que otro periódico o revista de teología o filosofía) estaban por doquier: en su coche, en el comedor, en la sala, en las escaleras, en los pasillos, en el baño, en la sala de televisión, en su recámara, etcétera.

Sólo había tres lugares en los cuales nunca vi un libro, debido principalmente a que en esos espacios el padre Zilli no tenía dominio: la cocina, el cuarto de servicio y el patio trasero o jardín. De los dos primeros se ocupaba la cocinera y del tercero su sobrino Vale que de cuando en cuando iba a podarle el pasto y arreglar sus plantas.

La primera ocasión que me encontré un libro en las escaleras, no se imaginen que estaba en un lugar especial, sino en

medio de un escalón, parecía tirado, lo levanté y se lo llevé al estudio y le dije: "Padre, se le cayó un libro en las escaleras". "No –me dijo de inmediato– lo puse a propósito allí para que no se me olvide que ese libro me lo tengo que llevar cuando salga". Con eso entendí que los libros que había por todos lados estaban ahí por alguna razón, principalmente porque los estaba leyendo. Con esto queda claro que el padre Zilli en su casa no leía de un solo libro sino de varios a la vez, dependiendo del lugar en que se encontraba y muchas veces sucedía que el libro que un día yo veía en la sala al otro día ya no estaba allí sino en los libreros de las bibliotecas (entiéndase también con esto que todos los libros de sus libreros ya habían sido leídos por él) o bien, me lo encontraba en otro lugar –mal puesto, como decía su hermana, la madre Estela, cuando llegaba a visitarlo–, y en el lugar del libro quitado, ya había otro libro diferente.

A propósito de esos "libros mal puestos" recuerdo que cuando la madre Estela le avisaba que iba a ir a su casa y coincidía que yo estaba con él o llegaba un día antes a comer, me decía: "mañana viene la madre, así que hay que recoger todos los libros; los de abajo llévalos a la mesa de la biblioteca de abajo y los de arriba los pones sobre cualquiera de los escritorios del estudio, cuando termines nos vamos al peluquero". Y sólo así, cuando la madre Estela, estaba de visita, la casa del padre Zilli no tenía libros por donde sea. Todos, aunque sea amontonados, estaban silentes como chiquillos regañados, en las bibliotecas.

Por mi parte, los días que no podía ir a comer con el padre Zilli no los desaprovechaba, ya que constantemente salía de su casa con un par de libros que él me recomendaba y me prestaba; casi siempre uno relacionado con alguna clase de la universidad y otro sobre literatura. Y lo mismo veía en él cada vez que llegaba, pues como les he dicho, me daba cuenta que constantemente cambiaba los libros que estaba leyendo y no porque no le hubieran gustado, sino simplemente porque ya

los había leído. Algunas ocasiones me decía: “anoche me piqué con este libro –y me lo daba en mano– y me seguí de largo hasta terminarlo. Tienes que leerlo”.

Comparto ahora tres ideas con relación a las lecturas que en diferentes momentos él me dijo: Una, cuando uno lee mucho llega el momento en que surge el deseo de escribir, casi como el fruto natural de las lecturas; así que mientras puedas lee porque llegará el momento en que tengas que escribir. Dos, es bonito leer, pero lo que ahora yo más disfruto son las relecturas de ciertos libros. Tres, me he dado cuenta que los mejores escritores, las mejores historias de la literatura, incluso del cine, son una especie de relectura de la infancia de sus autores, es decir, se formaron en su infancia; las dudas de la infancia y en general lo que vivieron en esa etapa, al paso de los años cuando ya han leído suficiente y se han vuelto expertos en la escritura o maestros del cine, regresan a los temas de su infancia y vuelven a ella como si estuvieran releyéndose a sí mismos.

Conclusión: el Dr. Zilli es un sacerdote sabio y generoso

El padre Zilli no es un filósofo al estilo clásico del término; es decir, no es alguien que haya establecido una teoría, un estilo de vida o producido una gran obra intelectual. No es un Aristóteles, un Nietzsche, un Platón, un Descartes, etcétera. Más bien muchos opinan en razón de sus investigaciones históricas y de sus escritos, que el padre Zilli es un historiador, un intelectual crítico, un gran académico. Seguramente no están errados en sus juicios sobre él, pero para mí el padre Zilli es un filósofo natural, un sacerdote inteligente comprometido con su iglesia y un hombre generoso.

Es un filósofo natural que, como buen amante de la sabiduría, ha sabido vivir, ha saboreado cada momento de su vida y como tal se convirtió en un hombre sabio. Creo que al haber probado los diversos sabores de la vida, los ha disfrutado o los ha sufrido, según fueran los casos, y de ese cúmulo de sabores se fraguaron las experiencias y conocimientos que ahora alberga.

Los más gratos, los más interesantes, los más apropiados y hasta los más chuscos, los ha compartido públicamente a través de sus textos y de su testimonio de vida, ya fuera como maestro, como sacerdote o como amigo.

Es un hombre inteligente no porque tiene respuestas para muchas cosas, sino porque posee un abundante acervo cultural que le permite ver, cuestionar, explicar, analizar, señalar, comparar muchos temas, muchos aspectos de la vida; porque posee una mentalidad abierta que le permite estar al tanto del acontecer del mundo, de la sociedad y sobre todo, le permite acoplarse bien a los tiempos que ha vivido, como por ejemplo, a esta era del internet y las redes sociales en donde siempre aparece activo.

Es un hombre generoso porque nada de lo que es y posee lo considera haberlo logrado por mérito propio, sino que para él todo cuanto ha obtenido es por la gracia de Dios y en reciprocidad de ver así su vida, todo lo que tiene lo comparte: sus conocimientos, sus bienes, su espacio, su tiempo. De su generosidad no sólo fui su beneficiario sino también un testigo más de cómo ayudó a muchas personas (entre los que no faltan familiares, especialmente sobrinos, seminaristas, ex seminaristas, sacerdotes, ex sacerdotes y maestros). “Aquí siempre eres bienvenido. Esta es tu casa”, me decía entonces cuando salía de vacaciones de la universidad y sabía que me ausentaría algunos días de Xalapa. Y lo mismo me dice ahora cuando ocasionalmente, lo voy a visitar.

Denis Hailet Ríos Del Valle



ADVERTENCIA

JB Zilli para rato es la primera parte de una compilación de los escritos del padre José Benigno Zilli Manica que ha sido motivada y liderada por monseñor Hipólito Reyes Larios, Arzobispo de la Diócesis de Xalapa, como un homenaje a su obra. Colaboran en este proyecto muchos de sus ex alumnos del seminario, especialmente, el padre Francisco Palmeros Palmeros, rector del Seminario de Xalapa; el padre Sotero Domínguez Gómez, el maestro Tomás Rodríguez Pazos, el maestro José Luis Martínez M. y el maestro Denis Hailet Ríos Del Valle; al mismo tiempo ha sido aprobada –y en mucho facilitada en cuanto al acceso y disposición de los artículos se refiere– por la maestra y religiosa, hermana sanguínea del padre Zilli, María Estela Zilli Manica.

El contenido implica diversos escritos hechos por el propio padre Zilli, que en el trayecto de su vida fueron publicados en periódicos, revistas, libros o dichos por él en conferencias y ponencias, por ello se puede decir que el presente libro es una obra más de su autoría, póstuma, pero suya finalmente.

Se divide en cuatro partes: JB Zilli creador de Opinión Pública Religiosa; JB Zilli entre académicos, historiadores y el clero; JB Zilli para los otros; y Apuntes autobiográficos.